TEODORO, OBISPO DE EDESA

Nuestro santo padre Teodoro vivió bajo el reinado de Heraclio y de Constantino Pogonato, alrededor del año 660. Luego de haber combatido en un primer momento en la vida ascética, en el monasterio de San Saba, por divina elección fue elevado luego al trono episcopal de la ciudad de Edesa. Fue autor de muchos milagros, tanto en vida como después de su muerte y, después de haber aparecido muchos testimonios y gente salvada por sus divinas enseñanzas, el 19 de julio se transfirió a la morada eterna, tal como se cuenta en el libro denominado Estivo.

Si dejó algún otro escrito, no lo podemos decir con seguridad; en cuanto a los cien presentes capítulos, éstos fueron incluidos, como pertenecientes a él, en el elenco de los otros que tratan de la sobriedad, en cuanto a que ofrecen con abundancia a los atentos lectores, el fruto de la santa sobriedad y de la utilidad espiritual. Y vosotros que deseáis vuestra salvación, ¡venid y recoged sin limitaros!

Al final de estos capítulos ha sido incluido aquel Tratado sobre la contemplación que lleva el nombre de Teodoro. Puesto que contiene la misma idea de la sobriedad de aquellos capítulos, y que sigue las mis-

¹ El texto de las *Centurias* de Teodoro de Edesa en realidad contiene abundantes y distintos textos de Evagrio, además de algunas citas de Máximo el Confesor (cf. Gallardi en PG XL, 1216b, I. Hausherr, *Le traité d'oraison d'Evagre le Pontique*, en *Révue d'ascétique et de mystique*, XV, 1934, 37 y ss.; M. Viller, *Aux sources de la spiritualité de saint Maxime*, ib. XI, 1930). J. Gouillard en *Révue des études byzantines*, V, 1947, 137 y ss., en un artículo que aborda el problema de las obras atribuidas a Teodoro de Edesa, da una tabla de los pasajes de Evagrio retomados y reunidos por Teodoro en las *Centurias*.

mas características de discurso, hemos llegado a la conclusión, en base a determinadas semejanzas y señas, que aquí se trata de una genuina producción de Teodoro mismo.²

Teodoro vivió alrededor de la segunda mitad del siglo IX en Edesa, donde nació. Se hizo monje cuando tenía más o menos veinte años, en el monasterio de San Saba en Palestina, y allí permaneció hasta los sesenta años. Luego se convirtió en el obispo de Edesa. Se dice que convirtió a un califa de Bagdad.

En el final de su vida, Teodoro volvió a San Saba, donde murió el 19 de julio del año 848. En esta misma fecha la Iglesia celebra su memoria.

Su sobrino Basilio de Emesa escribió su biografía, la cual, sin embargo, no es considerablemente atendible.

En cuanto a la atribución de sus obras publicadas en la *Filocalia* bajo su nombre, ver nuestras notas 1 y 2, más arriba.

CIEN CAPÍTULOS [CENTURIAS] DE GRAN UTILIDAD PARA EL ALMA

- 1. Puesto que por la gracia del buen Dios hemos renunciado a Satanás y a sus obras, nos hemos alineado con Cristo en el baño de regeneración, y nuevamemente ahora, con la profesión monástica, observamos sus mandamientos. Esto nos lo es requerido no sólo por nuestra doble profesión,¹ sino también por la deuda natural por la cual, creados en principio por Dios como muy buenos,² así debemos ser. Pues, aunque el pecado, habiéndose furtivamente insinuado por nuestra negligencia, hubo introducido lo que es contra natura, a pesar de ello, hemos sido de nuevo llamados debido a la abundancia de la misericordia de Dios, y hemos sido renovados por la pasión del Impasible. Hemos sido comprados con un precio: la sangre de Cristo,³ y rescatados de la antigua transgresión de la herencia paterna.⁴ Por ello, el ser justos no es para nada una grandeza, sino más bien es cosa miserable y digna de condena el decaer en la justicia.
- 2. Así como una buena obra realizada sin la recta fe, es del todo muerta e ineficaz, así también la fe por sí sola, sin las obras⁵ de la justicia, no nos libera del fuego eterno. Dice el Señor: El que me ama observará mis mandamientos.⁶ Entonces, si amamos al Señor y creemos en Él, retribuyámosle cumpliendo sus mandamientos para obtener la vida eterna. Si despreciamos la observancia de sus preceptos, a los cuales la

² Esta segunda obra atribuida a Teodoro parece claramente un texto que se remonta a no antes de los siglos XIV-XV, y se presenta como un pasaje entresacado (ver el inicio abrupto, con comparativo) de algún tratado más amplio (cf. J. Gouillard, art. cit., p. 149). No es posible saber en qué se basa Nicodemo para atribuir su autoría a Teodoro. En cuanto a los motivos que pueden haberlo impulsado a esta elección, ciertamente está el que él mismo aduce, esta "idea de la sobriedad", que es la base de toda la recopilación de la *Filocalia* (ver la palabra *sobriedad* en el glosario). Pero, quizás, la elección de este texto de filosofía ascética, haya sido un tanto apresurada y no del todo feliz, puesto que ni siquiera la plena ortodoxia ha sido siempre garantida en este texto tendiente al maniqueísmo y a formulaciones no siempre pacíficamente aceptables. Debido a que quisimos dar una versión completa, hemos considerado oportuno incluirlo en esta traducción.

¹ La profesión de fe del bautismo con el compromiso de la renuncia a Satanás, como dice más arriba, y la profesión monástica.

² Cf. Gn 1, 31.

³ Cf. 1 Co 6, 20: 1 P 1, 19.

⁴ Cf. 1 P 1, 18.

⁵ Cf. St 2, 14-26.

⁶ Cf. In 14, 15,

Creación entera obedece, ¿cómo podemos llamarnos creyentes, nosotros que habiendo sido honrados por encima de toda la Creación, somos de entre todos, los únicos desobedientes a los preceptos del Creador, e ingratos respecto al Bienhechor?

- 3. Si observamos los mandamientos de Cristo, nada le damos, pues nada necesita, siendo Él el dador de todos los bienes. Pero es a nosotros mismos a quienes beneficiamos, procurándonos la vida eterna y el goce de los bienes inexpresables.
- 4. Quienquiera que nos impida cumplir los mandamientos de Dios, ya sea nuestro padre o madre o quienquiera, que sea para nosotros abominable y detestable, por no dejarnos oír la palabra: El que ama al padre o a la madre—o a cualquier otro— más que a mí no es digno de mí.
- 5. Y realmente, con todo nuestro poder, aferrémonos a obrar los mandamientos del Señor, para no ser atados con indisolubles cadenas de malvadas concupiscencias y de voluptuosidades letales para el alma.⁸ De otra manera, será pronunciada también para nosotros la sentencia de la higuera estéril: Córtala, para que no vuelva improductivo el lugar.⁹ Cualquiera que no da un buen fruto, es cortado y echado al fuego.¹⁰
- 6. El que es adicto a las concupiscencias y voluptuosidades y vive en el mundo, caerá pronto en las redes del pecado; y el pecado, una vez puesto en marcha, es como el fuego en la paja, una piedra a lo largo de una pendiente, un torrente que engrosa las márgenes. Y tales goces de todos modos operan la perdición de quien los posee.
- 7. Mientras el alma está dirigida a lo que es contra natura, se torna selvática y cubierta de espinas por las voluptuosidades, siendo recipiente de extrañas fieras, como se ha dicho: Allá reposarán los onocentauros, allá hizo su nido el puercoespín y se encuentran los demonios con los onocentauros, que son las distintas pasiones de la ignominia. Pero no bien ella retorne a lo que es según natura (pues lo puede hacer siempre que lo quiera, mientras esté unida a la carne), se haya domesticado a sí misma con cuidadosa industria y viva según la ley de Dios, las fieras, que antes estaban allí inamovibles, huirán. Y los ángeles custodios

de nuestra vida acudirán a festejarla por su penitencia, ¹³ la gracia del Espíritu Santísimo vendrá a vivir en ella, y le enseñará el conocimiento, para que pueda ser custodiada en el bien y progresar hacia lo mejor.

- 8. Los Padres definen la oración como un arma espiritual, y no es posible salir en guerra sin ella, para evitar ser llevados prisioneros a la región de los enemigos. Pero no es posible adquirir la oración pura si uno no permanece constantemente atento a Dios, con el corazón recto. Pues es Él quien da la oración a quien ora y *enseña al hombre el conocimiento*. ¹⁴
- 9. Que las pasiones atormenten al alma y produzcan la lucha no depende de nosotros; pero el hecho de que se detengan en nosotros los pensamientos pasionales y la excitación de las pasiones depende de nosotros. La primera cosa, por lo tanto, no es pecado porque no es de nosotros. En cuanto a la segunda, si oponiéndonos valerosamente la vencemos, nos procurará coronas, mientras que si por relajamiento y vileza nos dejamos vencer, nos procurará castigos.
- 10. Tres son las pasiones principales de las cuales todas las otras nacen: el amor al placer, el amor al dinero y el amor a la gloria. A éstas siguen otros cinco espíritus de maldad,¹⁵ y finalmente de aquéllos nace una gran multitud de pasiones y multiformes malicias. El que ha vencido a estos tres autores y jefes, ha también abatido a los otros cinco y, entonces, ha sometido a todas las pasiones.
- 11. También los recuerdos de todo lo que hemos hecho en modo pasional tiranizan el alma. Pero cuando los pensamientos pasionales son totalmente borrados del corazón, de modo de no perturbarlo más, se manifiesta entonces una señal de perdón por los pecados pasados. Pues mientras el alma está sacudida por la pasión, es reconocible en ella el dominio del pecado.
- 12. Las pasiones corporales y materiales son habitualmente moderadas y consumidas por los padecimientos del cuerpo. Las del alma, invisibles, son destruidas por la humildad, la mansedumbre y el amor.
- 13. La concupiscencia pasional es extenuada por la continencia unida a la humildad; la cólera ardiente, es endulzada por el amor; el pensamiento vagante, es recogido por la oración prolongada unida al re-

⁷ Mt 10, 37.

⁸ Cf. Pr 5, 22.

⁹ Cf. Lc 13, 7.

¹⁰ Cf. Mt 3, 10.

¹¹ Cf. Is 34, 14 y ss.

¹² Cf. Rm 1, 26.

¹³ Cf. Lc 15, 7.

¹⁴ Cf. Sal 93, 10

¹⁵ En este mismo volumen ver los números 1 y ss. de Evagrio en p. 107. Otros parágrafos de Teodoro reproducirán de modo quizás literal el pasaje de Evagrio presentes en este volumen.

cuerdo de Dios. Y así son purificadas las tres partes del alma. ¹⁶ Para corregir esto, el divino Apóstol decía: *Perseguid la paz con todos y la santificación, sin la cual nadie verá al Señor.* ¹⁷

- 14. Algunos se han encontrado en dificultad al preguntarse si es el pensamiento el que pone en movimiento las pasiones, o las pasiones el pensamiento. Está el que dice esto y el que dice aquello. Yo digo que los pensamientos son puestos en movimiento por las pasiones. Si no estuvieran en el alma las pasiones, ni siquiera la atormentarían los pensamientos provenientes de aquéllas.
- 15. Es costumbre de los demonios que siempre nos combaten, impedirnos lo que en las virtudes es posible y apto para nosotros, e insinuar en nosotros un fuerte deseo de lo imposible e intempestivo. A los que progresan en la obediencia los fuerzan a hacer las obras de los hesicastas; a los hesicastas, a su vez, y a los anacoretas, les es insinuado el deseo de una regla cenobítica. Se sirven de este artificio para cada virtud. Pero nosotros no debemos estar en la ignorancia respecto a sus designios, porque sabemos que todo es bueno si es hecho a su tiempo y medida, mientras que, por el contrario, todo es dañino si está fuera de su tiempo y medida.
- 16. A los que viven en el mundo y tienen en abundancia la materia de las pasiones, los demonios les hacen la guerra y los hostigan mediante la lucha de la acción, mientras que a aquellos que están en los desiertos y tienen escasez de cosas materiales los atormentan con los pensamientos. La segunda lucha es mucho más terrible que la primera: el que es tentado con cosas materiales, necesita de tiempo, de lugar y de oportunidad, mientras quien lo es en el intelecto, es de alguna manera puesto en movimiento, y difícilmente logra detenerse. Para esta lucha incorpórea nos ha sido dada, para que luche por nosotros, la oración pura, y nos ha sido prescrito por esto que ella sea ininterrumpida: la ella hace que el intelecto sea vigoroso para el combate, en cuanto que puede también ser cumplida sin el cuerpo.
- 17. El divino Apóstol, manifestándonos la perfecta mortificación de las pasiones, nos dice: Los que son de Cristo han crucificado la carne con (sus) pasiones y concupiscencias. ¹⁹ En efecto, cuando mortificamos las pasiones, destruimos las concupiscencias y sometemos al Espíritu el sentimiento de la carne, y entonces tomamos la cruz y seguimos a Cris-

to:20 retirarse del mundo no es más que la mortificación de las pasiones y la manifestación de la vida escondida en Cristo.21

- 18. Los que son devastados por el continuo rebelarse de este cuerpo mortal, ²² y ceden en el momento en el cual éste les hace la guerra, que no acusen a la carne sino a sí mismos; en efecto, si no le hubiesen dado fuerza, preocupándose por satisfacer la concupisçencia, ²³ no estarían devastados hasta tal punto. ¿No ven quizás a los que se crucificaron a sí mismos con las pasiones y las concupiscencias, ²⁴ a los que llevan en su carne mortal el estado de muerte de Jesús, ²⁵ de modo de poseerla más bien como colaboradora para hacer el bien y no como enemiga, así que ella ceda a la ley de Dios y por ella sea guiada? Que entonces hagan lo mismo aquellos, y gozarán del mismo reposo.
- 19. Cualquier consenso del pensamiento a cualquier concupiscencia prohibida, es decir una inclinación al placer, es pecado para el monje. Primero el pensamiento empieza por oscurecer el intelecto mediante la parte sensitiva del alma, luego inclina el alma al placer, si no resiste al combate. Luego se habla de consenso que, como se ha dicho, es pecado. Y cuando éste aparece, pone en movimiento lo que se llama pasión, luego, poco a poco, se llega a cumplir el pecado mediante el acto. Por esto, el profeta declara benditos a aquellos que arrojan a los niños de Babilonia contra la piedra: para el que es inteligente, para el que tiene sentido común, jes claro de lo que se quiere hablar!
- 20. Puesto que los ángeles son ministros de amor y de paz, festejan nuestro arrepentimiento²⁷ y nuestro progreso en la virtud, luego se apresuran a colmarnos de contemplaciones espirituales y colaboran con todo lo que es bueno. A su vez, los demonios, productores de ira y de malicia, se alegran cuando la virtud disminuye y se apresta a doblegar nuestras almas con turbias fantasías.
- 21. La fe es un bien interior: ella genera en nosotros el temor a Dios. El temor a Dios nos enseña la custodia de los mandamientos, es decir, la práctica, y de ella brota la preciosa impasibilidad. Un producto de la

¹⁶ Cf. más abajo, n.º 24

¹⁷ Hb 12, 14

¹⁸ Cf. 1 Ts 5, 17.

¹⁹ Ga 5, 24.

²⁰ Cf. Mt 16, 24.

²¹ Cf. Col 3, 3, 5.

²² Cf. Rm 7, 24.

²³ Cf. Rm 13, 14.

²⁴ Cf. Ga 5, 24.

²⁵ Cf. 2 Co 4, 10.

²⁶ Cf. Sal 136, 9.

²⁷ Cf. Lc 15, 7.

impasibilidad es el amor que es el cumplimiento de todos los mandamientos,²⁸ atándolos y manteniéndolos juntos.

- 22. Una sana sensibilidad del cuerpo siente cuál es la enfermedad que lo aqueja, mientras que el que no entiende está enfermo de insensibilidad; así también el intelecto, mientras su energía es sana, reconoce sus propias potencias y sabe dónde se insinúan en él las pasiones para tiranizarlo, y en ese sentido comienza la fuerte batalla. Pero es una cosa terrible si consume sus días en la insensibilidad, símil a quien combate de noche, y no ve los pensamientos portadores de guerras.
- 23. Cuando nuestra facultad racional se ocupa establemente de la contemplación, la que es concupiscible mira solamente hacia ella y hacia quien es su dador, Cristo, mientras la facultad irascible se arma contra los demonios; entonces nuestras potencias operan según natura.
- 24. Toda alma racional, según Gregorio el Teólogo, se constituye de tres partes. A la virtud situada en la parte racional la denominó prudencia, inteligencia y sapiencia; la que está situada en la parte irascible, fortaleza y paciencia; la que está en la parte concupiscible, amor, modestia y continencia. La justicia está esparcida en todas estas virtudes, y las hace obrar del modo más conveniente. Mediante la prudencia lucha contra las potencias adversas y defiende las virtudes; mediante la modestia mira las cosas sin pasión; mediante el amor, induce a amar a todos los hombres como a sí mismos; mediante la continencia, reduce toda voluptuosidad; mediante la fortaleza y la paciencia, se arma contra los enemigos invisibles. Éste es el acuerdo del armonioso instrumento del alma.
- 25. El que se preocupa de la modestia y desea la bendita castidad—que no se pecaría si la llamáramos impasibilidad— que maltrate y reduzca a la esclavitud a su carne,²⁹ que le una un pensar humilde, con la invocación de la gracia divina, y obtendrá lo que desea. Pero el que nutre al cuerpo haciendo un uso desmedido de los alimentos, sufrirá por el espíritu de fornicación. Así como el exceso de agua apaga las llamas, así el hambre o la continencia, unidas a la humildad del alma, destruyen el ardor de la carne y las turbias fantasías.
- 26. ¡Que permanezca absolutamente lejos de tu alma la pasión del rencor, oh amante de Cristo! No hagas lugar de ninguna manera a la enemistad, porque el rencor adherido al corazón es como un fuego escondido en el lino rústico. Más bien ruega ardientemente por el que te

ha entristecido y hazle el bien, si tu mano tiene medios,⁵⁰ para liberar a tu alma de la muerte³¹ y no encontrarte privado de franqueza en el tiempo de tu oración.

- 27. En las almas de los humildes reposa el Señor. Pero en el corazón de los soberbios reposan las pasiones de la ignominia; ³² no hay nada que les dé tanto poder sobre nosotros como los pensamientos de orgullo, y nada erradica las malas hierbas del alma como la bendita humildad. Por esto se la llama también muerte de las pasiones.
- 28. Que se purifique tu alma de malos pensamientos y que sea guiada por la luz de nobles consideraciones, teniendo siempre en mente lo dicho: El corazón voluptuoso es prisión y cadena en el momento del éxodo, mientras que el cuerpo amante de la fatiga es una puerta abierta. Realmente son los ángeles los que guían a las almas puras que salen del cuerpo, conduciéndolas de la mano hacia la vida eterna; mientras a las que están sucias e impenitentes, lamentablemente, son los demonios los que las toman consigo.
- 29. Es hermosa una cabeza adornada con una diadema preciosa, con piedras de la India y perlas centellantes. Pero incomparablemente más bella es un alma rica en conocimiento de Dios e iluminada por refulgentísimas contemplaciones, un alma que lleva inhabitando en sí misma al Espíritu santísimo. ¿Quién podrá dignamente hablar de la belleza de esa alma bendita?
- 30. No permitas que el desdén y la ira habiten en ti. Se ha dicho: *El hombre colérico está privado de decoro.*³⁴ En el corazón de los humildes reposa la sabiduría. Si la pasión de la ira dominara tu alma, serían hallados mejores que tú aquellos que viven en el mundo y serías avergonzado, tornándote inepto para la vida solitaria.
- 31. Para cada tentación y cada lucha, adquiere el arma invencible de la oración y vencerás con la gracia de Cristo. Pero que ella sea pura, como nos muestra el sapientísimo Maestro: *Quiero* —dice— *que los hombres recen por doquier, elevando manos puras, sin ira ni disputas.*³⁵ Claro que el que descuida la oración, será entregado a las tentaciones y a las pasiones.

²⁸ Cf. Rm 13, 10.

²⁹ Cf. 1 Co 9, 27

³⁰ Cf. Lv 25, 26.

³¹ Cf. Tb 4, 10.

³² Cf. Rm 1, 26.

³³ Ver Marcos el Asceta, n.º 20-21, pág. 172-173 de este volumen.

³⁴ Pr 11, 25,

³⁵ 1 Tm 2, 8.

- 32. Está escrito que el vino alegra el corazón del hombre. ⁵⁰ Pero tú que has hecho profesión de aflicción espiritual y llanto, apártate de este tipo de alegría y te alegrarás por los carismas espirituales. El que se alegra por el vino vivirá entre turbios pensamientos y caminará con muchas tristezas.
- 33. No pienses en celebrar las fiestas tomando vino, sino con la renovación del intelecto y la pureza del alma. El que alimenta su estómago y bebe vino, más bien provoca la ira de aquel que preside la fiesta.
- 34. Hemos recibido como precepto el velar durante la salmodia, en las oraciones y en las lecturas: siempre, pero en particular, durante las fiestas. El monje que vela, refina su mente para contemplaciones útiles al alma; por otro lado el exceso de sueño torna al intelecto obtuso. Pero ten cuidado, cuando velas, no te apliques a historietas vacías o a malos pensamientos, pues es mejor dormir que velar entre discursos y pensamientos vanos.
- 35. Tanto el que nutre en su seno a una serpiente, cuanto el que lleva en el corazón un mal pensamiento, será matado. Uno, herido en su cuerpo por un colmillo venenoso; el otro, porque se le habrá puesto en el alma un veneno mortífero. Antes bien, debemos matar enseguida a toda la progenie de víboras y no debemos engendrar en el corazón malos pensamientos, para no sufrir amargamente.
- 36. Una alma pura puede ser convenientemente denominada vaso de elección,³⁷ huerto cerrado y fuente sellada,³⁸ trono de percepción.³⁹ Mientras que la que está sucia por contaminaciones impuras, está llena de materia maloliente.
- 37. He oído de ancianos experimentados y dedicados a practicar una vida ascética, que los malos pensamientos son generados en el alma por el lujo de los vestidos, por la saciedad del estómago y por coloquios dañinos.
- 38. Que no reine en las almas de los ascetas la concupiscencia de las riquezas. Un monje que tiene muchas posesiones es una nave levantada hacia lo alto y golpeada por el fuerte oleaje de las preocupaciones, sumergida en el abismo de la tristeza. El mal del amor por el dinero es generador de muchas pasiones y con razón se lo ha llamado raíz de todos los males.⁴⁰

³⁹ Cf. Pr 12, 23. ⁴⁰ Cf. 1 Tm 6,10.

- 39. Pobreza y silencio son un tesoro escondido en el campo de la vida monástica. Ve entonces, vende tus haberes, dáselos a los pobres¹¹ y adquiere este campo, desentierra el tesoro, cuídalo para que permanezca inviolado, para enriquecer de una riqueza que no se termina.
- 40. Si te has decidido a vivir con un padre espiritual y sientes que te resulta ventajoso, que nadie te separe del amor de él y de la convivencia con él. No lo juzgues en nada, no pienses mal de él si es reprochado o golpeado, no escuches a quien habla mal, no te asocies a quien lo ultraja, para que el Señor no se enoje contra ti y te borre del libro de los vivientes.⁴²
- 41. El combate de la sumisión se lleva a cabo mediante la renuncia al mundo, como nos ha sido enseñado. El que la siga, que se rodee de estas tres armas: fe, esperanza y amor⁴³ —el augustísimo y divino amor— de modo que, circundado por ellas como por muros, combata la buena batalla y reciba las coronas de la justicia.⁴⁴
- 42. No seas juez de las obras de tu padre espiritual, sino ejecutor de sus mandamientos. En efecto, es costumbre de los demonios mostrarte sus defectos para que tus oídos se tornen sordos a sus discursos, o para apartarte del campo de batalla como un soldado vil y miedoso, o para abrirte solamente a pensamientos de incredulidad, y ablandarte respecto de cualquier forma de virtud.
- 43. El que no obedece los mandamientos paternos, se convierte en transgresor de los pactos que han sido objeto de su profesión. El que ha abrazado la obediencia, matando la voluntad propia con la espada de la humildad, éste ha cumplido, en lo que depende de él, lo que le hubo prometido a Cristo ante la presencia de muchos testigos.
- 44. Hemos conocido en modo manifiesto, y aprendido claramente, que los enemigos de nuestra vida, los demonios, son enormemente celosos de aquellos que se ejercitan en la sumisión a los padres, muestran sus dientes contra ellos y buscan todo tipo de maquinaciones. ¡Qué no hacen y qué no sugieren para que éstos se alejen de los brazos paternos! Muestran pretextos como si fueran realmente razonables, provocan tensiones con sus engaños, suscitan odio respecto al padre, hacen ver sus amonestaciones como reproches, hunden en nosotros sus observaciones como

³⁶ Cf. Sal 103, 15.

³⁷ Cf. Hch 9, 15.

³⁸ Cf. Ct 4, 12.

⁴¹ Cf. Mt 19, 21.

⁴²Cf. Ex 32, 33; Sal 68, 28.

⁴³ Cf. 1 Co 13, 13.

⁴⁴ Cf. 2 Tm 4, 7 y ss.

agudos dardos. "¿Y por qué —dicen— tú que eres libre te has hecho esclavo de un déspota despiadado? ¿Hasta cuando serás consumido por el yugo de la esclavitud, sin ver la luz libre?" Luego te sugieren que acojas a huéspedes y visites enfermos, y te ocupes de los pobres, luego exaltan en forma desmedida la perfecta hesichía y soledad... ¡Y siembran toda especie de cizaña en el corazón de quien combate por la vida pía, con el solo objetivo de echarlo fuera de su redil espiritual, de desatarlo de su puerto no abatido por las olas y tirarlo al mar agitado por un oleaje funesto para el alma! Y luego, una vez que lo han tomado en su propio poder como un prisionero, lo usan según su propia malvada voluntad.

- 45. ¡Pero que no se te escape, a ti que vives sometido a un padre, el engaño de los enemigos y adversarios! No te olvides de tu profesión y de la promesa hecha a Dios, no te dejes vencer por los insultos, no tengas miedo de los reproches, de las burlas o de los escarnios, no cedas a las exageraciones de los malos pensamientos, no huyas de la severidad paterna; por la insolencia de la autocomplacencia y de la presuntuosa arrogancia, no deshonres el benéfico yugo de la humildad. Más bien, pon en tu corazón aquella palabra del Señor: *El que haya soportado hasta el final, éste será salvado*, ⁴⁵ y apúrate soportando la lucha que tienes por delante, mirando al autor y perfeccionador de la fe, Jesús. ⁴⁶
- 46. El fundidor de oro, cuando tira el oro en el recipiente para tratarlo, lo torna más puro. También el novel monje se da a sí mismo a las luchas de la sumisión, y es expuesto al fuego por todo lo penoso que comporta la vida según Dios, aprendiendo la obediencia con fatiga y mucha paciencia, una vez rechazadas sus costumbres aprende la humildad, y es convertido en un ser resplandeciente, digno del Reino de los Cielos, de la vida indestructible, de la suerte bendita de la cual han huido dolor y gemidos, 47 y en la cual están la delicia y la continua oración.
- 47. La fe recta y profundamente establecida en lo íntimo genera el temor a Dios. Y el temor a Dios nos enseña a custodiar los mandamientos. El temor a Él —se ha dicho— es custodia de los mandamientos. De la custodia de los mandamientos proviene la virtud práctica, que es el principio de la contemplativa. Su fruto es la impasibilidad. Mediante

la impasibilidad nace dentro de nosotros el amor. Y respecto al amor, dice el discípulo amado, que *Dios es amor y aquel que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.*³⁹

- 48. Verdaderamente, ¡cuán buena y bella es la vida de los monjes! Verdaderamente bella y buena, si es vivida según las reglas y las leyes que han establecido —amaestrados por el Espíritu Santo— aquellos que han sido sus iniciadores y guías. El soldado de Cristo debe ser, en efecto, extraño a la materia⁵⁰ y separarse de cualquier pensamiento y acción mundana, como dice el Apóstol: *Nadie comprometido con el servicio militar se mezcla con los negocios de la vida civil, para poder agradar a quien lo ha enrolado.*⁵¹
- 49. Es necesario, entonces, que el monje sea extraño a la materia, impasible, alejado de toda mala concupiscencia, no voluptuoso, no amante del vino, no enervado, no descuidado, no amante del dinero, del placer, ni de la gloria; si, en efecto, uno no se aparta de estas cosas, no podrá realizar esta vida angélica. Pero para aquellos que la realizan de modo conveniente, su yugo es suave y su carga ligera, ⁵² porque la divina esperanza hace todo más leve. ¡Dulce es una vida tal, grato su ejercicio, buena esta parte que no será quitada ⁵³ del alma que la posee!
- 50. Tú que has renunciado a todos los cuidados de esta vida y has asumido la lucha por una vida ascética, no desees tener riquezas para poder distribuirlas entre los pobres. También éste es un engaño del Maligno para hacer venir la vanagloria, de modo de arrojar al alma en un celo inoportuno. Porque, aunque tengas solo pan y agua, puedes, aunque sea con éstos, obtener la merced para la hospitalidad. Y si no tienes ni siquiera esto, pero recibes a tu huésped con tu sola buena disposición y le ofreces una palabra de consuelo, aun así, podrás procurarte la merced para la hospitalidad. Tienes en el Evangelio el ejemplo de la viuda que recibe testimonio del Señor; ella con solo dos moneditas superó el propósito y las posibilidades de los ricos.
- 51. Esto fue dicho para aquellos que viven en la *besichía*. Pero aquellos que viven sujetos a un padre, que tengan *in mente* una cosa sola: no desconocer en nada el mandamiento paterno. Porque cumpliendo

⁴⁵ Mt 10, 22.

^{.46} Cf. Hb 12, 1 y ss.

⁴⁷ Cf. Is 35, 10.

⁴⁸ Cf. Sb 6, 18. El texto de la *Filocalia* transcribe *temor* en lugar de *amor*, probablemente por una similaridad con la frase *Principio de la sabiduría es el temor al Señor* y otras similares, presentes en muchos lugares de la Escritura (ej. Sal 110, 10; Pr 1, 7; Pr 9, 10).

⁴⁹ 1 Jn 4, 16.

⁵⁰ Ver Evagrio p. 99 de este volumen. Hasta el n.º 60 es un resumen, por momentos con frases transcriptas literalmente, de este texto de Evagrio, *Sumario de vida monástica* (p. 99 y ss.)

⁵¹ 2 Tm 2, 4.

⁵² Cf. Mt 11, 30.

⁵³ Cf. Lc 10, 42,

esto, ellos han cumplido en todo. Pero si por el contrario, desconocen este rigor y esta conducta, serán reprobados respecto de cualquier forma de virtud y conducta espiritual.

- 52. Escucha aun este consejo, oh amante de Cristo: ama la *xenitía* y aléjate de los condicionamientos de tu patria. No te dejes arrastrar por las preocupaciones por tus padres o afectos familiares. Huye de las ocupaciones ciudadanas y persevera en el desierto, diciendo con el profeta: *Ved, me he alejado huyendo y he habitado en el desierto.*⁵⁴
- 53. Persigue los lugares solitarios, apartados del mundo, y aunque allí hubiere penuria e indigencia de las cosas necesarias, no tengáis miedo. Si te rodearen los enemigos como abejas⁵⁵ o malvados zánganos, desencadenando en tu contra todo tipo de batallas, turbándote con toda especie de pensamientos, no te dejes aterrar, no les ofrezcas un oído permisivo, no huyas del estadio de la lucha. Persevera con ánimo paciente, repitiéndote a ti mismo: *He esperado tanto en la paciencia del Señor, y Él me miró y escuchó mi súplica.*⁵⁶ Y entonces verás las maravillas de Dios, su ayuda, su solicitud y toda otra Providencia para llevarte a la salvación.
- 54. Es necesario, oh amante de Cristo, que tengas por amigos a aquellos que puedan beneficiar o contribuir a tu tipo de vida. Se ha dicho, en efecto; que tus amigos sean hombres pacíficos, hermanos espirituales, padres santos, respecto de los cuales también el Señor nuestro ha dicho: Mi madre y mis hermanos son éstos que hacen la voluntad de mi Padre que está en los Cielos.⁵⁷
- 55. No ansíes alimentos variados, suntuosos y lujurias portadoras de muerte. Se ha dicho: *Aquella que vive en la lujuria es una muerta viviente.* Y si te es posible, evita la saciedad incluso de los alimentos ordinarios. Está escrito: *No os dejéis desviar por la saciedad del estómago.* 50
- 56. Debes evitar entretenerte frecuentemente fuera de tu celda, si has elegido la *hesichía*. Esto es bastante dañino, quita la gracia, oscurece el ánimo, extingue el deseo amoroso. Por esto se ha dicho. *La concupiscencia vagabunda arruina el intelecto inocente.* Evita, por lo tanto, las

relaciones con demasiadas personas, para que tu intelecto no se distraiga y quiebre su vida hesicasta.

- 57. Cuanto te sientes en tu celda, no permitas que tu trabajo sea irracional y lleno de pereza. Se ha dicho, en efecto: El que se va por allí sin sentido, se cansa en vano. Antes bien encuentra una buena actividad, recoge tu mente, ten siempre delante de tus ojos la hora extrema de la muerte, acuérdate de la vanidad del mundo, de cómo ella es engañosa, frágil, sin ningún valor, considera el evento de aquella tremenda rendición de cuentas, considera cómo los ásperos recaudadores de impuestos presentarán en detalle nuestras acciones, palabras, y pensamientos que ellos mismos nos sugirieron y que nosotros acogimos. Recuerda también aquellos castigos del Infierno, y cómo ahora están allá encerradas las almas; recuerda aquel día grande y temible, quiero decir aquel de la resurrección general, cuando nos presentaremos a Dios, en el día de la extrema sentencia del Juez que no se deja engañar. Considera el castigo que caerá sobre los pecadores, la ignominia, el arrepentimiento de la conciencia, piensa en cómo serán expulsados lejos de Dios y arrojados al fuego eterno, en el gusano que no muere, en las tinieblas siniestras donde hay llanto y rechinar de dientes.⁶¹ Y luego de haber pasado por todos los castigos, no descuides inundar tus mejillas, tu vestido y el lugar donde te sientas con el gotear de tus lágrimas. Porque por estas consideraciones, he visto que muchos han obtenido gran abundancia de lágrimas y han purificado admirablemente todas las potencias del alma.
- 58. Pero considera también los bienes tenidos en reserva para los justos, cómo serán puestos a la derecha de Cristo, la voz bendiciente del Señor, la herencia del Reino celestial⁶² —un don que va más allá del intelecto— esa luz dulcísima, la alegría que no tiene fin, que no es quebrada por la tristeza, aquellas mansiones celestiales,⁶³ la vida con los ángeles y todas las otras cosas prometidas a aquellos que temen al Señor.
- 59. Que estos pensamientos convivan contigo, contigo duerman y contigo se vuelvan a despertar. Cuida de no olvidarlos nunca, y donde tú estés no sustraigas nunca tu intelecto de su recuerdo: así huirán los malos pensamientos y tú serás colmado de la divina consolación. El alma que no está circundada como por un muro por estas consideracio-

⁵⁴ Sal 54, 7.

⁵⁵ Cf. Sal 117, 12.

⁵⁶ Sal 39, 1.

⁵⁷ Cf. Mt 12, 50.

⁵⁸ 1 Tm 5, 6.

⁵⁹ Pr 24, 15.

⁶⁰ Sb 4, 12.

⁶¹ Cf. Mc 9, 44; Mt 8, 12.

⁶² Cf. Mt 25, 34.

⁶³ Cf. Jn 14, 2.

nes, no puede obrar en la hesichía. Una fuente que no tiene agua, en vano lleva el nombre de fuente.

- 60. Y éste es el modo de vida que ha sido establecido deben realizar aquellos que están en la besichía. Ayuno, según sus fuerzas, noches en vela, dormir sobre el duro suelo, y todo otro padecimiento para el reposo futuro. Ya que no son comparables los padecimientos del tiempo presente con la gloria que deberá manifestarse en nosotros.⁶⁴ Y en particular, la oración pura deberá ser, por así decirlo, continua e incesante. Ella es un muro seguro, un puerto tranquilo, un presidio de las virtudes, destrucción de las pasiones, vigor del alma, instrumento de purificación del intelecto, reposo de quien está cansado, consuelo para quien está afligido.65 La oración es coloquio con Dios, contemplación de las realidades invisibles, plena certeza de nuestras aspiraciones, vida angélica, impulso al bien, fundamento de las cosas esperadas.66 ¡Aférrate, oh asceta, con todas tus fuerzas, a esta reina de las virtudes! Ora día y noche, ya sea cuando te encuentres desanimado como cuando estés de buen ánimo. Y ora con temor y temblor, con intelecto sobrio y vigilante, para que tu oración sea escuchada por el Señor. Se ha dicho en efecto: Los ojos del Señor sobre los justos y sus oídos a su súplica.67
- 61. Ha sido dicho por alguno de los ancianos⁶⁸ bien a propósito, dando perfectamente en el centro, que de entre los demonios que nos acechan, los primeros en dar la batalla son aquellos a los cuales son confiados los deseos de la gula, los que nos insinúan el amor por el dinero, y aquellos que nos estimulan a la vanagloria. Todos los otros corren detrás de éstos y reciben a aquellos que por éstos han sido heridos.
- 62. Hemos entendido con toda evidencia que no hay hombre que tropiece con un pecado o pasión cualquiera, si antes no ha sido herido por alguno de estos tres. Por ello, éstos son los tres pensamientos que el Diablo, a su debido tiempo, puso delante del Salvador. 69 El Señor se mostró más fuerte que ellos y ordenó al Diablo retirarse, dándonos la victoria contra él, cual soberano bueno y amante de los hombres, que

vistió un cuerpo en todo similar al nuestro, salvo el pecado, ⁷⁰ y nos ha mostrado el sendero infalible de la impecabilidad; caminando por ese sendero, formamos de nuevo en nosotros al hombre nuevo, que se renueva según la imagen de Aquel que lo creó.71

- 63. La palabra de David nos enseña a odiar con odio perfecto⁷² a los demonios, en cuanto que son enemigos de nuestra salvación, y ello es bastante oportuno para el ejercicio de las virtudes. ¿Quién es aquel que odia con perfecto odio a los enemigos? El que no peca más, ni en obras ni en pensamiento. Pero por todo el tiempo en que están en nosotros los instrumentos de su amor, es decir las causas de las pasiones, ¿cómo podrá realizarse en nosotros el odio contra ellos? En efecto, el corazón voluptuoso no tiene la fuerza de nutrir en sí este odio.
- 64. Un vestido de bodas es la impasibilidad del alma razonable, que se ha separado de las voluptuosidades del mundo y ha renegado de todas las inconvenientes concupiscencias, dedicándose a consideraciones llenas de amor a Dios, y a la purísma meditación de objetos de contemplación. Pero para las pasiones de la ignominia y las reflexiones relativas a ellas, se desviste de la túnica de esta mesura y se corrompe con harapos deshechos y sórdidos, tal como aparece en los Evangelios; en efecto aquel que, atado de manos y pies fue echado a las tinieblas exteriores, tenía su traje tejido con estos pensamientos y acciones, y por ello la Palabra lo juzgó indigno de esas bodas divinas e incorruptibles.⁷³
- 65. Justamente un sabio nos ha puesto en guardia contra el amor propio que odia a todos. En efecto, esta terrible lucha del amor propio constituye el primero —casi un tirano— de los pensamientos con los cuales aquellos tres y aquellos cinco⁵ depredan nuestro intelecto.
- 66. Dudo que alguien, saciado de alimento, pueda obtener la impasibilidad. Por impasibilidad no quiero decir la abstención del acto del pecado: esto se llama continencia. Me refiero a lo que corta de raíz los pensamientos pasionales de la mente, y que también se denomina pureza de corazón.
- 67. Es más fácil purificar un alma impura que llevar a la sanidad de nuevo un alma que fuera purificada y que luego, nuevamente sufrió he-

Cien capítulos

⁶⁵ Cf. St 5, 13; ver también los n.° 15 y 16 de Nilo de este volumen. Teodoro recurre también a este texto, atribuido a Nilo pero en realidad de Evagrio.

⁶⁶ Cf. Hb 11, 1.

⁶⁷ Sal 33, 15.

⁶⁸ Se trata siempre de Evagrio: n.º 1 de este volumen. Hasta el n.º 66, Teodoro resume vastos pasajes de este texto de Evagrio.

⁶⁹ Cf. Mt 4, 1 y ss.

¹⁰ Cf. Hb 4, 15.

⁷¹ Cf. Col 3, 10.

⁷² Cf. Sal 138, 22,

⁷³ Cf. Mt 22, 11-14.

⁷⁴ Ver más arriba, n.º 10.

ridas. Para aquellos que, en efecto, han renunciado a la confusión del mundo, cualesquiera sean las culpas en las cuales puedan haber caído, es más fácil alcanzar la impasibilidad. Pero para aquellos que han gustado de las buenas palabras de Dios, que han caminado por las vías de la salvación y luego han vuelto a correr hacia el pecado, la impasibilidad es en cierto modo difícil de alcanzar, ya sea esto por un mal hábito o la perversa costumbre, sea porque el demonio de la tristeza aparece delante de las pupilas de los ojos y les presenta el ídolo del pecado. Sin embargo, el alma celante y laboriosa supera también esta dificultad con la ayuda de la gracia divina, que con generosidad nos ha sido benignamente concedida, que nos invita a la penitencia, y nos acoge con entrañas de inexpresable misericordia, como nos enseña en los Evangelios mediante la parábola del hijo pródigo. la concentra de la confusion de la parábola del hijo pródigo. la concentra de la confusion de la confu

68. Ninguno de nosotros puede vencer los engaños y los artificios del Maligno por su propia fuerza, sino con la invencible fuerza de Cristo. Se engañan, pues, vanamente aquellos arrogantes que van diciendo que pueden, con las obras ascéticas que cumplen y su libre arbitrio, eliminar al pecado, ¡que es eliminado sólo mediante la gracia de Dios, condenado a muerte en el misterio que se cumplió sobre la cruz! Por ello, también aquel lucero de la Iglesia, Juan Crisóstomo, dice que no alcanza con la buena voluntad del hombre, si no disfruta también del impulso determinante desde lo alto.77 Y por otro lado, nosotros no obtendremos ningún provecho del impulso recibido desde lo alto si no hay buena voluntad. Ambas cosas nos fueron mostradas en Judas y en Pedro. El primero, en efecto, si bien gozó de mucha ayuda, no sacó ninguna ventaja⁷⁸ porque no quiso, y no dio siquiera su contribución. Pedro, sin embargo, aunque lleno de buena voluntad, no teniendo ninguna ayuda, cayó:79 así, la virtud se entreteje con ambos elementos. "Por lo tanto, les recomiendo —dice Crisóstomo— no ponerse a dormir dejando todo a Dios, pero evitar un celo que cree poder realizar todo con las propias fatigas."80

69. Dios, en efecto, no quiere que permanezcamos echados y, por lo tanto, no lo hace todo Él; pero tampoco quiere que seamos vanido-

sos, por lo que no nos ha dado todo, sino que eliminando el daño que proviene de ambas cosas, nos ha dejado lo que es útil. Óptimamente nos enseña el salmista: Si el Señor no construye la casa, en vano vela el que custodia y se fatiga.81 Es, en efecto, imposible caminar sobre el áspid y sobre el basilisco, y pisotear al león y al dragón,82 si antes, en la medida que sea posible para el hombre, no nos hemos purificado nosotros mismos y hemos sido fortalecidos por Aquel que dijo a los apóstoles: Os he dado el poder de caminar sobre las serpientes y los escorpiones y sobre cada potencia del Enemigo.83 Por lo tanto, nos ha sido dado también el mandamiento de suplicar al Señor en la oración, para que no nos deje caer en la tentación, y nos libere del Maligno.84 Si no somos liberados gracias a la fuerza y a la ayuda de Cristo, de los dardos encendidos del Maligno, 85 y hechos dignos de obtener la impasibilidad, en vano nos fatigamos, pensando en poder realizar algo gracias a nuestra propia fuerza y a nuestro celo. El que entonces quiere resistir contra los artificios del Diablo⁸⁶ y hacerlos ineficaces, siendo partícipe de la gloria divina, es necesario que --con lágrimas y gemidos, con insaciable deseo y alma ferviente— noche y día busque la ayuda de Dios y el socorro divino; el que quiera tener parte en él, que purifique a su alma de toda voluptuosidad mundana y de las pasiones y concupiscencias adversas. De almas así, dice Dios: En ellas habitaré y caminaré.87 Y el Señor dijo a sus discípulos: El que me ama observará mis mandamientos, y mi Padre lo amará y vendremos y estableceremos nuestra morada en él.88

70. Uno de los ancianos dijo una palabra muy inteligente y fácil de entender a propósito de los pensamientos: "Juzga los pensamientos en el tribunal del corazón, para ver si son de hombre o del Adversario. Y los que son cosa nuestra y buenos, pónlos nuevamente en la celda interior del alma, custodiándolos en un depósito inviolable. Los que son adversos, después de haberlos castigado con el azote de la mente razonable, expúlsalos, no les hagas lugar ni les des una habitación en el recinto de tu alma o, para hablar más apropiadamente, mátalos totalmente con la espada de la oración y de la divinísima meditación, de modo

⁷⁵ Cf. Hb 6, 4 y ss.

⁷⁶ Cf. Lc 15, 11-32.

⁷⁷ Concepto bíblico retomado a menudo por los Padres.

⁷⁸ Cf. Mt 27, 5,

⁷⁹ Cf. Mt 26, 70 v par.

⁸⁰ Proviene quizás, en versión libre, de la homilía *In illud "Domine non est in homine"*, PG 56. 153-162, retomada por el párrafo sucesivo: cf. en particular col. 160-162.

⁸¹ Cf. Sal 126, 1,

⁸² Cf. Sal 90, 13.

⁸³ Lc 10, 19.

⁸⁴ Cf. Mt 6, 13.

⁸⁵ Cf. Ef 6, 16.

⁸⁶ Ef 6, 11.

⁸⁷ Cf. Lv 26, 11 y ss.

⁸⁸ Cf. In 14, 23.

que, una vez eliminados los rapiñeros, el jefe de ellos sea presa del temor. Pues, ha sido dicho: El que es un riguroso observante de los pensamientos, es también un verdadero amante de los mandamientos.

71. El que pelea con los puños para eliminar lo que le hace la guerra y lo atormenta, que enrole para la batalla a varios soldados para que combatan con él, esto es la humildad del alma, la fatiga del cuerpo y toda otra pena ascética, y la oración que surge con abundancia de lágrimas de un corazón arrepentido, como salmodia David: Mira mi humildad y mi fatiga y perdona todos mis pecados, y No dejes pasar mis lágrimas en silencio, y quan Mis lágrimas son mi pan, día y noche, y Mezclaba mi bebida con el llanto. Y

72. El Adversario de nuestra vida, el Diablo, 35 mediante muchos pensamientos, hace parecer pequeños a nuestros pecados, y a menudo los cubre con el olvido, de modo que, disminuyendo las fatigas, no pensemos en gemir por las caídas. Pero nosotros, hermanos, no olvidamos nuestras caídas —aun si no tenemos la capacidad de una efectiva conversión para hacérnolas perdonar—, recordemos siempre nuestros pecados y no cesemos de guardar luto por ellos de modo que, adquirida una buena humildad que nos sea inseparable, huyamos de los lazos de la vanagloria y de la soberbia.

73. Que nadie crea poder, con su propia fuerza, sostener las fatigas y obrar la virtud. El autor de todo bien en nosotros es Dios, como lo es de los males el Demonio seductor de nuestras almas. Por lo que haces bien, has tu rendición de gracias a quien es autor de ello; en cuanto a los males que te atormentan, échalos contra quien es su primera causa.

74. El que une la práctica con el conocimiento, es un agricultor digno de alabanzas, que riega el campo del alma con el agua de dos límpidas fuentes. La ciencia da alas a la esencia inteligible con la contemplación de las realidades superiores; la práctica condena a muerte los miembros que están sobre la tierra, fornicación, impureza, pasión, mala concupiscencia. Una vez puestas a muerte éstas, hace florecer espléndidamente las flores de las virtudes, que producen el fruto del Espíritu: amor,

alegría, paz, generosidad, benignidad, bondad, fe, mesura, continencia. A este punto, este sabio agricultor, una vez crucificada la carne con las pasiones y las concupiscencias, dirá junto con el heraldo teóforo: No vivo yo, sino Cristo vive en mí. Lo que vivo, lo vivo por la fe, la fe en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí. 77

75. Y esto, tú, amante de Cristo, no lo olvides, para que una pasión no encuentre espacio en ti, eche raíces convirtiéndose en hábito y, entonces, atraiga otras pasiones dentro del mismo muro. Porque aunque las pasiones se oponen una a la otra, como también los demonios que son los operadores, sin embargo, todas concuerdan en buscar nuestra perdición.

76. El que hace marchitar con la práctica ascética la flor de la carne y cercena toda voluntad, lleva los estigmas de Cristo en su carne mortal.98

77. Las fatigas de la práctica ascética terminan en el reposo de la impasibilidad, mientras que los hábitos flojos van a terminar en las pasiones de la ignominia.⁹⁹

78. No comiences a calcular los muchos ciclos anuales de tu vida solitaria, ni te dejes aprisionar por la vanagloria, debido a tu perseverancia en el desierto y la dureza de las luchas; conserva en tu intelecto la palabra del Señor "siervo inútil", 1000 así como el pensamiento de que aún no has cumplido con el mandamiento. Porque de veras desde que nos encontramos en la vida presente, no hemos sido aún llamados desde el exilio, sino que todavía nos sentamos cerca del río de Babilonia, 101 aún, penamos en el trabajo con los ladrillos en Egipto, 102 no hemos aún contemplado la Tierra de la Promesa. Pues todavía no nos hemos despojado del hombre viejo que se corrompe según las concupiscencias de la seducción, 103 no nos hemos aún revestido la imagen del que es celestial, llevando aún la imagen del que es terrestre. 104 No nos adelantemos por la vía de la vanagloria, sino más bien deberemos llorar, suplicar a Aquel

⁸⁹ Sal 24, 18.

⁹⁰ Sal 38, 13.

⁹¹ Sal 41, 3,

⁹² Sal 101, 9.

⁹³ Cf. 1 P 5, 8. 94 Cf. Col 3, 5.

⁹⁵ Cf. Ga 5, 22 y ss.

⁹⁶ Cf. Ga 5, 24.

⁹⁷ Cf. Ga 2, 20.

⁹⁸ Cf. Ga 6, 17.

⁹⁹ Cf. Rm 1, 26.

CI. KIII 1, 20

¹⁰⁰ Cf. Lc 17, 10. ¹⁰¹ Cf. Sal 136, 1.

¹⁰² Cf. Ex 1, 14 y otros.

¹⁰³ Ef 4, 22.

¹⁰⁴ Cf. 1 Co 15, 49.

que puede salvarnos de la miserable esclavitud del durísimo Faraón, sacarnos de la terrible tiranía y hacernos entrar en la tierra buena de la promesa, para que podamos reposar en el santuario de Dios y ser sentados a la diestra de la majestad del Altísimo. La posibilidad para nosotros de alcanzar estos bienes que sobrepasan el pensamiento, no depende de nuestras obras, de aquellas obras que retenemos de hacer con justicia, sino de la desmesurada misericordia de Dios. No cesemos, por lo tanto, de verter lágrimas día y noche, como aquel que dijo: *He penado en mi gemido: cada noche mojaré mi lecho, con mis lágrimas inundaré mi camastro.* ¹⁰⁵ En efecto, *aquellos que siembran entre las lágrimas, cosechan en la exultancia.* ¹⁰⁶

79. Arroja lejos de ti el espíritu del mucho hablar, ¹⁰⁷ ya que en él se encuentran horribles pasiones: de aquí la mentira, de aquí la libertad equivocada, por una parte la trivialidad y la obscenidad, y los discursos vanos por otra; es decir, para ser breves, encontramos lo que se ha dicho: Con el mucho hablar no se evita el pecado, ¹⁰⁸ mientras que el hombre silencioso es trono de percepción. ¹⁰⁹ Antes bien, el Señor dijo que daremos cuenta de toda palabra ociosa. ¹¹⁰ El silencio es, pues, muy necesario y ventajoso.

80. Nos ha sido ordenado no ofender o insultar por nuestro lado a los que nos ofenden, nos injurian o de algún modo nos insultan, sino que debemos honrarlos y bendecirlos. En la medida en que estamos en paz con los hombres, luchamos con los demonios. Pero si guardamos rencor respecto a los hermanos y luchamos contra ellos, estamos en paz con los demonios: ¡justamente con ellos, contra quienes se nos enseñó a alimentar un odio perfecto,¹¹¹ y conducir una guerra que no puede alcanzar la reconciliación!

81. Evita el engañar al prójimo con una lengua fraudulenta, para que tú no seas engañado por el Destructor. He oído gritar al profeta: El hombre de sangre es fraudulento, lo aborrece el Señor, 112 y: Que destruya el Señor todos los labios fraudulentos, la lengua que dice grandes pala-

bras.¹¹³ Del mismo modo, evita criticar la caída de tu hermano, para no disminuir en la benevolencia y en el amor: el que no tiene benevolencia, ni amor por su hermano no conoció a Dios porque Dios es amor,¹¹⁴ como grita Juan, el hijo del trueno y discípulo predilecto de Cristo. Si, en efecto, —él dice— Cristo, Salvador de todos, ha dado su vida por nosotros, también nosotros deberemos dar la vida por los hermanos.¹¹⁵

82. Con razón el amor es llamado capital de las virtudes, recapitulación de la ley y de los profetas. 116 Demos pues, prueba de toda fatiga, hasta alcanzar el santo amor, y por él, sacudámonos de encima la tiranía de las pasiones y elevémonos hasta los Cielos —aligerados por las alas de las virtudes— y veremos a Dios, en la medida que sea posible para la naturaleza humana.

83. Si Dios es amor, el que tiene amor tiene a Dios en sí mismo. Pero cuando esto falta, absolutamente nada es ganancia para nosotros, ni siquiera podremos decir que amamos a Dios: *Si, en efecto, alguien dice:* "Amo a Dios", y odia a su hermano, es un mentiroso. Y aun: Dios no fue visto por nadie. Si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece nosotros y su amor es perfecto en nosotros. Es evidente por esto, que el amor es una realidad sumamente comprensiva de todos los bienes de los que nos habla la Sagrada Escritura, y la más alta de todas. Y no hay ninguna especie de virtud gracias a la cual el hombre se convierta en familiar de Dios y se una a Él, que no dependa del amor y no se halle en él incluida, sostenida y custodiada por una misteriosa palabra.

84. Cuando acogemos a los hermanos que nos visitan, no deberemos considerar esto un fastidio y una interrupción de la *hesichía*, para que no nos desviemos de la ley del amor. Y ni siquiera los saludaremos como haciéndoles un favor, sino como si lo recibiéramos de ellos, y como deudores les daremos hospitalidad con oración y alegría, siguiendo el ejemplo del patriarca Abraham. Respecto de esto, el Teólogo también nos enseña: *Hijitos, no nos amemos solamente con palabras o con la lengua, sino con obras y verdad; y en esto conoceremos que estamos en la verdad.*¹²⁰

¹⁰⁵ Sal 6, 6. 106 Sal 125, 5. 107 Cf. Jb 8, 2. 108 Cf. Pr 10, 19. 109 Cf. Pr 12, 23. 110 Cf. Mt 12, 36. 111 Cf. Sal 138, 22. 112 Sal 5, 6.

¹¹³ Sal 11, 3.

¹¹⁴ Cf. 1 Jn 4, 8.

¹¹⁵ Cf. 1 Jn 3, 16.

¹¹⁶ Cf. Mt 22, 40 y par.

¹¹⁷ 1 Jn 4, 20.

¹¹⁸ Jn 1, 18.

¹¹⁹ 1 Jn 4, 12.

¹²⁰ 1 Jn 3, 18 y ss.

85. El patriarca que practicaba la hospitalidad, sentado delante de la tienda, llamaba a los caminantes y a todos ofrecía su mesa, a impíos y a bárbaros, sin hacer distinciones. Por esto fue hecho digno de aquel convite admirable en el que hospedó a ángeles junto al Soberano de todas las cosas. ¹²¹ Apurémonos en ofrecer hospitalidad con gran solicitud y rapidez, para poder recibir no solamente a los ángeles, sino también a Dios. Pues dice el Señor: Lo que habéis hecho a uno de estos pequeñitos, me lo habéis hecho a mí. ¹²² Está bien beneficiar a todos, pero sobre todo a aquellos que no pueden devolvernos el beneficio.

86. Aquel que no es condenado en su corazón¹²³ por la violación de un mandamiento de Dios, por negligencia o por la aceptación de un mal pensamiento, éste será puro de corazón, digno de oír: *Benditos los puros de corazón porque verán a Dios.*¹²⁴

87. Debemos ser solícitos en gobernar los sentidos con la razón, para corregirlos y, sobre todo, no permitir que los ojos, las orejas y la lengua, miren, escuchen y hablen pasionalmente, sino más bien a ganancia nuestra. No hay nada más fácil para estos órganos que deslizarse en el pecado, si no son gobernados por la razón. Y por el contrario, nada en ellos está más dispuesto a la salvación, como cuando la razón los mantiene por las riendas imponiéndoles un ritmo regulado, y los conduce donde sea necesario y donde ella quiere. Cuando éstos están sin disciplina, entonces también el olfato es inducido a la debilidad, el tacto se alarga desconsideradamente y se insinúa una multitud incalculable de pasiones. Pero cuando ellos son regulados con disciplina por la razón, se manifiesta una gran paz y una quietud estable.

88. Un ungüento precioso, cerrado en un vaso, una vez que el aire de la casa se hubo impregnado de su aroma, colma de placer no sólo a los que están cerca, sino también a aquellos que se encuentran alrededor. Así sucede respecto del aroma del alma virtuosa y amante de Dios que, emanándole todos los sentidos del cuerpo, muestra a quien la mira, la virtud puesta en su intimidad. Porque el que ve una lengua que no pronuncia nada desagradable o incoveniente, sino todo lo que es bueno y ventajoso para el que escucha, el que ve ojos bajos, orejas que no reciben ninguno de aquellos sonidos ni de aquellas palabras que no convienen, pies que caminan con decoro, y un rostro que no se descompone en la risa,

sino dispuesto a las lágrimas y a la aflicción espiritual, ¿no entenderá quizás que en lo íntimo se ha puesto en abundancia el aroma de las virtudes? Por esto también el Salvador dice: Que así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos. 125

89. Justamente aquella vía que en los Evangelios, Cristo y Dios nuestro ha llamado estrecha, 120 justamente a ésa, luego la llama yugo suave y carga ligera, 127 ¿Cómo es posible que se concilien estas dos cosas que parecen opuestas? Es cierto que esta vía es dura y árdua por la naturaleza, pero para el propósito y las buenas esperanzas de aquellos que la practican, ella es deseable y amable, y para las almas que aman la virtud, ella es más motivo de placer que de tribulación. Por lo tanto, es posible ver que quien ha elegido la vía angosta y estrecha, camina con más ardor que aquellos que van por la vía ancha y larga. Escucha entonces al bienaventurado Lucas que nos dice cómo los apóstoles, después de haber sido flagelados, se alejaban de las autoridades del Sanedrín llenos de alegría, 128 aunque éste no sea el efecto natural de los flagelos, que normalmente no producen ni placer ni alegría, sino dolor y pena. Pero si los flagelos generaron, por Cristo, placer, ¿de qué hay que asombrarse si también los otros padecimientos y el maltrato del cuerpo producen el mismo efecto, debido a Él?

90. Tiranizados y hechos prisioneros por las pasiones, a menudo nos hemos sentido perdidos a causa de sufrir esto. Es, por lo tanto, necesario saber que estos estados de prisión, nos acometen por el hecho de que nosotros nos apartamos de la contemplación de Dios. Pero si uno clava su intelecto sin distracción en Dios nuestro Señor, el Salvador de todos, que es fiel, arrancará al alma de toda esclavitud de la pasión, como dice el profeta: Contemplé al Señor delante de mí siempre, pues está a mi diestra, hasta que yo no sea movido. Y qué hay más dulce y capaz, que dar seguridad de tener siempre al Señor a la derecha, que nos protege, nos custodia y no nos deja vacilar? Pero el obtener esto nos compete a nosotros.

91. Bien lo dijeron los Padres —sin dejar lugar a la contradicción—que el hombre no encuentra reposo si no trata de tener en su intimidad el deseo de que en el mundo no haya otra cosa más que Dios, de mo-

¹²¹ Cf. Gn 18, 1 y ss.

¹²² Cf. Mt 25, 40.

¹²³ Cf. 1 In 3, 21.

¹²⁴ Mt 5, 8.

¹²⁵ Mt 5, 16.

¹²⁶ Cf. Mt 7, 14.

¹²⁷ Cf. Mt 11, 30.

¹²⁸ Cf. Hch 5, 41

¹²⁹ Sal 15, 8.

do que su intelecto no vagabundee detrás de nada, sino que lo desee solamente a Él, y a Él sólo se adhiera. El que es así encontrará el verdadero reposo y la verdadera libertad de la tiranía de las pasiones. Se ha dicho, en efecto: *Mi alma se aprieta contra ti y tu diestra me sostiene*. ¹³⁰

- 92. El amor propio, el amor al placer y a la gloria arrojan fuera del alma el recuerdo de Dios. El amor propio es productor de males enormes; y cuando el recuerdo de Dios disminuye, encuentra en nosotros su espacio el tumulto de las pasiones.
- 93. El que saca de su propio corazón, de raíz, el amor propio, dominará fácilmente también a las otras pasiones con la ayuda de Dios. Es de aquí que habitualmente nacen la ira, la tristeza, el rencor, el amor al placer y a la falsa libertad. El que, en efecto, es vencido por ellas, ha firmado un acuerdo con las otras pasiones también. Llamamos amor propio al amor y la disposición de ánimo pasional respecto al cuerpo y a la satisfacción de las voluntades de la carne.
- 94. Cuando uno ama algo, ciertamente desea estar con ese algo, de continuo e incesantemente, y escapa de todo lo que le impide tener un fácil acceso a la cosa amada y vivir con ella. Es, pues, evidente que el que ama a Dios, está deseoso de encontrarlo continuamente, y de conversar con Él. Y esto nos viene por medio de la oración pura. Deberemos cuidar esto con todas nuestras fuerzas, ya que por su naturaleza la oración nos hace familiares al Soberano. Tal era aquel que decía: *Oh Dios, Dios mío, a ti me dirijo desde la mañana; ha tenido sed de ti el alma mía.* ¹³¹ Se dirige a Dios desde la mañana quien aleja su intelecto de toda malicia, y es herido directamente por la pasión por Dios. ¹³²
- 95. Hemos aprendido que de la continencia y de la humildad nace la impasibilidad, y de la fe, el conocimiento. A partir de éstas, el alma progresa hacia el discernimiento y el amor. Una vez que hubo acogido en sí misma al divino amor, incesantemente se eleva, con la alas de la oración pura, hacia las alturas de este amor, hasta que accede *al conocimiento del Hijo de Dios*, como dice el Apóstol, *al hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo*. ¹³⁵
- 96. Mediante la virtud activa, la concupiscencia es reducida a la esclavitud y la cólera es sujetada. Mediante el conocimiento y la contem-

plación, el intelecto recibe las alas y, elevado por encima de las realidades materiales, parte hacia Dios, consiguiendo la verdadera felicidad.

- 97. Ésta es nuestra primera lucha: moderar las pasiones y vencerlas a viva fuerza. La segunda consiste en adquirir las virtudes y no dejar nuestra alma vacía ni inoperante. El tercer recodo del camino espiritual consiste en custodiar en la sobriedad los frutos de nuestras virtudes y fatigas. Nos ha sido recomendado, efectivamente, no sólo trabajar fatigosamente, sino también custodiar con vigilancia.¹³⁴
- 98. Estén vuestras cinturas ceñidas y vuestras antorchas encendidas, dice el Señor. 135 Un buen cinto en la cintura, con el que podemos ser rápidos y ligeros, es la continencia, unida a la humildad del corazón. Por continencia entiendo el abstenerse de todas las pasiones. Y lo que ilumina la antorcha espiritual es la oración pura y el amor perfecto. Los que están prontos de este modo son verdaderamente parecidos a hombres que esperan a su Señor y que, cuando Él llegue y golpee a la puerta, en seguida le abrirán 136 y Él, entrando junto con el Padre y el Espíritu Santo, se establecerá con ellos. 137 Y benditos aquellos siervos cuyo Señor, al venir, así los encuentre. 138
- 99. Es necesario que el monje, en cuanto hijo, ame a Dios con todo el corazón y con toda la mente; ¹³⁹ en cuanto siervo, debe usar veneración, obedecerlo y con temor extremo, poner en obra sus mandamientos, ¹⁴⁰ ser ferviente de Espíritu, ¹⁴¹ revestido de la armadura del Espíritu Santo ¹⁴² y ceder al goce de la vida eterna. Debe hacer, sin sustraer nada, todo lo que le ha sido mandado, ser sobrio, custodiar su corazón contra los malos pensamientos y cumplir incesantemente la divina meditación con buenas consideraciones, examinarse cada día respecto de los malos pensamientos y acciones, reparando las omisiones. Y no debe vanagloriarse por sus buenas acciones, sino llamarse siervo inútil ¹⁴³ y acusarse de omisión en la satisfacción de sus deberes; deberá dar gracias a Dios Santo y a Él atribuir la gracia de las buenas acciones, no ha-

¹³⁰ Sal 62, 9,

¹³¹ Sal 62, 1,

¹³² Pasión: lit. eros.

¹³³ Ef 4, 13.

¹³⁴ Cf Gn 2, 15; ver también el n.º 49 de Nilo, en este volumen.

¹³⁵ Lc 12, 35,

¹³⁶ Cf. Lc 12, 36.

¹³⁷ Cf. Jn 14, 23.

¹³⁸ Cf. Lc 12, 37.

CI. LC 12, 3

¹³⁹ Cf. Dt 6, 5.

¹⁴⁰ Cf. Flp 2, 12.

¹⁴¹ Cf. Rm 12, 11.

¹⁴² Cf. Ef 6, 11.

¹⁴³ Cf. Lc 17, 10.

cer absolutamente nada por vanagloria o búsqueda de agradar a los hombres, sino en todo actuar en secreto, buscando alabanzas solamente de Dios. Pero antes que nada y por sobre todas las cosas, debe tener el alma ceñida por la fe ortodoxa, según los divinos dogmas de la Iglesia Católica, recibidos de los apóstoles, heraldos de Dios y de los santos padres. Para aquellos que viven de este modo hay una gran retribución, vida sin fin, morada sempiterna cerca del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, deidad consubstancial y trihipostática.

100. Escucha toda la conclusión del discurso —dice el Eclesiastés: Teme a Dios y custodia sus mandamientos, pues éste es el hombre íntegro. 146 Yo, dice, te indico un camino de salvación esencial y particularmente honrada: teme a Dios y observa sus mandamientos. Pero no debemos tener aquel temor que se insinúa con motivo de los castigos, sino aquel temor perfecto y perfeccionante, que se produce a partir del afecto por quien ha dado el mandamiento. Si, efectivamente, no cometemos pecados a causa del castigo, es claro que de no haber existido éstos, hubiésemos hecho cosas dignas de pena, ya que estábamos determinados por el amor al pecado. Si nos abstenemos de estas cosas, no por la amenaza del castigo, sino porque odiamos estas cosas malas, hacemos actuar las virtudes por amor hacia el Soberano, temiendo apartarnos de ello.147 Si, en efecto, tememos que nos suceda descuidar alguna de las cosas mandadas, este temor es puro, 148 es temor por el bien mismo y purifica nuestras almas, porque tiene potencia comparable a aquella del amor perfecto. El que posee este temor y custodia los mandamientos, éste es el "hombre íntegro", como si dijéramos "perfecto" y "no falto de nada".

Conociendo esto, temamos a Dios y observemos sus mandamientos, para ser perfectos y cumplidos en cuanto a las virtudes, ¹⁴⁹ con un bajo concepto de nosotros mismos y un corazón arrepentido. ¹⁵⁰ Y repitamos continuamente aquella oración que decía el divino y grande Arsenio: "Oh mi Dios, no me abandones, nada bueno he hecho ante ti, pero dame, por tus entrañas de tu misericordia, el comenzar." ¹⁵¹ Todo esto que

concierne a nuestra salvación está en la piedad y en el amor de Dios por el hombre. A Él sea la gloria y la fuerza, y la adoración

al Padre
y al Hijo
y al Santo Espíritu
ahora y siempre
y por los siglos.
AMÉN

¹⁴⁴ Cf. Mt 6, 4-6.

¹⁴⁵ Cf. Rm 2, 29.

¹⁴⁶ Oo 12, 13.

¹⁴⁷ Cf. Pr 3, 21 y Hb 2, 1.

¹⁴⁸ Cf. Sal 18, 9.

¹⁴⁹ Cf. 2 Tm 3, 17.

¹⁵⁰ Cf. Sal 50, 17,

¹⁵¹ Es un dicho transcrito en las vidas de los padres del desierto (Ver *Vita e detti dei Padri del deserto* 1, Roma, Cittá Nuova Ed., 1975, p. 97 y ss.)

A PROPÓSITO DE LA CONTEMPLACIÓN

¡Cuánto más grande es la lucha por quebrar esta dura cadena, para liberarnos de servir a la materia y adquirir el hábito del bien!¹ Es verdaderamente necesaria un alma noble y fuerte para escapar de la materia. El objeto del celo no es solamente la purificación de las pasiones; esto no constituye propiamente la virtud en sí misma, sino la preparación de la virtud, aunque aquél sea necesario para liberarse de los malos hábitos y adquirir las virtudes. Para lo racional, la purificación del alma es la liberación y la perfecta eliminación de los caracteres inferiores y desviados —según la voz de la teología— de las preocupaciones mundanas, es decir de las turbaciones, de las malas inclinaciones y de los conceptos inconvenientes; en cuanto a lo concupiscible, tal purificación se realiza cuando el alma ya no se precipita con deseo sobre la materia, ni mira los sentidos, sino que se vuelve dócil al freno de la razón. Del mismo modo, la purificación actúa sobre lo irascible, cuando el alma ya no es turbada por los eventos.

Después de tal purificación y de la mortificación o regulación de esas vilísimas potencias, debe haber ascética y deificación, pues es necesario que el que aparta del mal haga el bien.² Para ello, es necesario que antes que nada nos neguemos a nosotros mismos y así, cargando la cruz, sigamos al Señor,³ para alcanzar el grado supremo de deificación.

¿Qué se entiende por ascética y deificación? En cuanto al intelecto, la ciencia perfectísima de los entes y de aquel que se encuentra más allá de los entes, en la medida que sea posible para la naturaleza humana. En cuanto a la voluntad, la tensión y el movimiento hacia el primer

bien, perfectos y continuos. En cuanto a lo irascible, es el movimiento máximamente actualizado y eficaz hacia el objeto del deseo, movimiento que no viene a menos, que no se dobla, que no es detenido en su carrera por ninguna circustancia penosa, sino que procede alocadamente, sin darse vuelta. Tanto más ardiente debe ser el movimiento del alma hacia los bienes, antes que hacia los males, cuanto más grandes son las bellezas inteligibles que las sensibles. La atención que se debe prestar a la carne, debe atender sólo a lo elemental para conseguir las cosas necesarias para la subsistencia, de modo de no destruir violentamente la vida animal. Es fácil realizar estas cosas, pero es más laborioso practicarlas, ya que no es sin pena que se erradican del alma aquellos hábitos inamovibles, como tampoco se obtiene sin sudores la posesión de la ciencia. Y de todos modos, el mirar fijo a la Bendita Naturaleza⁺ y el tender hacia ella, se obtiene por medio de muchas fatigas y después de un largo tiempo, hasta que la voluntad no acceda a adquirir el hábito de seguir este impulso. Y al intelecto le es necesaria mucha resistencia respecto de los sentidos que lo arrastran hacia lo despreciable; ésta es la lucha, la batalla contra el cuerpo que no cesa hasta la muerte, aunque parezca disminuir al marchitarse lo irascible, la concupiscencia, y por el sojuzgamiento de los sentidos a la ciencia supraeminente del intelecto.

Pero deberemos tener en cuenta lo siguiente: el alma no iluminada (por el bautismo),⁵ no siendo apta para recibir la ayuda de Dios, tampoco puede ser genuinamente purificada, ni elevada a la luz divina, como se ha dicho. Porque lo dicho debe ser considerado dicho para los creyentes. Pero a este discurso deberemos agregar alguna aclaración a propósito de las diversidades del conocimiento. Respecto a los conocimientos de aquí abajo, un conocimiento es según natura, el otro va más allá de la natura. De la primera es evidente la definición de la segunda. Decimos entonces conocimiento según natura, cuando nos referimos a todo el conocimiento que el alma puede recibir mediante la averiguación y la búsqueda, haciendo uso de los miembros y de las potencias naturales, un conocimiento que concierne a la creación y, en la medida que sea posible, evidentemente, al alma atada a la materia. Ha sido dicho, a propósito de los sentidos, de la fantasía y del intelecto, que la operación del intelecto es entorpecida por su conjunción y por su con-

 $^{^{-1}}$ Para los problemas planteados por este texto, y el inicio abrupto, ver la nota 2 en p. 432 de este volumen.

² Cf. Sal 33, 14.

³ Mt 16, 24,

⁴ B*endita Naturaleza:* es decir Dios. Fórmula usada también por Nicodemo en su *Proemio*, p. 45 de este volumen y por san Basilio.

⁵ "Iluminación" es uno de los nombres con el que es definido el bautismo.

mixtión con el cuerpo. Por este motivo, no puede tener contacto con las formas inteligibles, sino que necesita, para comprender, de la fantasía —que por su naturaleza procede mediante símbolos—, de la meditación y del espesor de la materia. El intelecto que se encuentra en la carne, tiene necesidad de formas correspondientes para poder aferrarlas. Siendo tal el intelecto, llamamos conocimiento natural a todo el conocimiento que de él podemos obtener, usando el propio método natural.

Sobrenatural es el conocimiento que acude al intelecto trascendiendo su método y su potencia, cuando los inteligibles superan la analogía que se produce en lugar del intelecto unido a la carne, de modo que el conocimiento sea como aquel que conviene al intelecto sin el cuerpo. Éste proviene de Dios solamente, cuando Él encuentra un intelecto tal, siendo muy purificado de toda inclinación a la materia y poseído por el divino *eros*; no solamente el conocimiento se define así, sino también la virtud. Un conocimiento que no supera la naturaleza, con razón puede ser llamado natural, mientras que otro conocimiento es el que es puesto en movimiento por el solo primer Bien, una virtud que se encuentra más allá de la potencia y de la condición natural, y que puede ser convenientemente definida como sobrenatural.

Establecida así la distinción entra las cosas, es decir la natural—sea el conocimiento como la virtud— que puede tenerla también aquel que no ha sido iluminado [por el bautismo], o la sobrenatural, que no es posible. ¿Y cómo podría, si no tiene parte en la causa que la produce? Pero el iluminado puede tener ambas. O más bien, en cuanto a la virtud sobrenatural, no podría poseerla si antes no posee la que es según natura. Pero es necesario saber que, así como los animales sin razón tienen sentidos y fantasía, así también el hombre tiene estas potencias, aunque muy superiores y más elevadas; y del mismo modo decimos respecto a las virtudes y ciencias naturales que ambos—iluminados y no iluminados [por el bautismo]— las tienen, aunque el que es iluminado las tiene de forma muy superior y más elevada que el que no lo es.

Y más aún, de este conocimiento que hemos llamado natural, aquella parte que se ocupa de las virtudes y de los hábitos contrarios, aparece también ella en forma doble: una es el conocimiento desnudo, en cuanto a que el que filosofa no ha tenido experiencia de estos estados, y entonces tal conocimiento le es a menudo incierto; la otra parte es activa y para decirlo así, existencial, cuando el conocimiento es confirmado por la experiencia de estos estados, siendo penetrante y digna de fe, no admitiendo ni dudas ni incertidumbre.

Estando así las cosas, parece que son cuatro los impedimentos del intelecto en cuanto a la adquisición de las virtudes. Uno es la concepción de hábitos contrarios, que debido a una incorregible costumbre, nos induce a dejarnos llevar hacia las cosas terrenas. Otro es la operación de los sentidos, que se manifiesta en las bellezas sensibles y que atrae hacia sí al intelecto. Un tercero es la obtusidad de la operación inteligible, determinada en el intelecto debido a su unión con el cuerpo. Puesto que existe visión en relación a lo que es sensible, pero no existe un intelecto en relación a lo inteligible, entiendo por intelecto el del alma que se halla todavía en la carne. Porque las inteligencias inmateriales operan más eficazmente con los inteligibles, que lo que lo hace la vista respecto de las realidades visibles. Pero así como la vista enferma no dibuja imágenes precisas, claras, de las cosas que son vistas, sino imágenes confusas e indistintas, del mismo modo el intelecto que se encuentra en nosotros, aferra lo inteligible. Pero no teniendo la potencia de examinar distintamente las bellezas inteligibles, tampoco puede desear algo -ya que tal es la medida del conocimiento, tal es la medida del deseo—, pues es arrastrado hacia las bellezas sensibles que le resultan más distinguibles. Es necesario, entonces, que se revista de un carácter fenoménico, ya sea éste verdaderamente tal o no.

Además de estas cosas, está la amenaza de los espíritus impuros que odian a los hombres y, lamentablemente, es incalculable cuántas y cuáles trampas para las almas, se encuentran colocadas en el camino, de modos y maneras variadas, mediante los sentidos, la palabra, el intelecto, mediante -por así decirlo-toda la realidad existente. Y ningún alma podría huir de estas trampas, si Aquel que toma la ovejita perdida sobre sus espaldas,6 no actuara con infinita solicitud, para con aquellos que miran hacia Él. Para huir de todo esto, necesitamos de tres cosas. La primera y la más grande consiste en mirar a Dios con toda el alma y pedirle la mano que ayuda, poniendo en Él toda esperanza, perfectamente convencidos de que si Él no nos ayudara para nada en la lucha, necesariamente seríamos arrastrados por las cosas que nos llevan hacia el sentido contrario. La segunda cosa —que considero que también procura la primera— es la continua alimentación del intelecto por medio de la ciencia. Hablo de la ciencia de todos los entes, sensibles e inteligibles, ya sea en sí mismos como en su relación con el primer Principio, es decir, de cómo de allá provienen y allá van; y luego la contemplación de la causa de los entes, de aquellos elementos que son posibles de encontrar alrededor de esa ciencia. La indagación respecto a las naturalezas de los entes es, en efecto, muy apta para purificar de la disposición pasional respecto a ellos, liberandolos del engaño que los rodea, y elevándolos hacia el Principio de todos los entes. A partir de las cosas buenas, admirables, grandes, es posible observar como en un espejo lo que es bellísimo, admirable como nunca, sumo o, más bien, lo que está más allá de la belleza, más allá de la maravilla y de la grandeza.

Si la mente se ocupa siempre de estas cosas, ¿cómo no podrá empezar a desear el bien que verdaderamente es tal? Si efectivamente se siente transportada hacia lo que le es extraño, ¡cómo no lo será hacia lo que le es propio! Y el alma arrastrada por el amor a estas cosas, ¿de cuál de las cosas de aquí abajo soportará ocuparse dado que dichas cosas la arrancan del objeto de su amor? Se sentirá más bien entristecida por la misma vida en la carne, como de algo que le crea un impedimento que está en la materia, considera a la belleza inteligible de un modo indistinto, sin embargo, los bienes inteligibles son tales y tan grandes que aunque sea un leve efluvio cualquiera, o un obscuro reflejo de aquella exuberante belleza, puede convencer al intelecto a sobrevolar todo lo que no es inteligible, para precipitarse hacia aquellos bienes solamente.

Y de ningún modo se debe tolerar apartarse de esta delicia, ni siquiera si se produce alguna pena.

Como tercer cosa habrá que agregar la mortificación del cuerpo al que estamos unidos, ya que de otro modo, es imposible recibir esos reflejos claros y penetrantes. La carne se mortifica con el ayuno, la vigilia, dormir sobre el suelo duro, llevar las vestiduras necesarias, pero de textura rústica, con la pena y la fatiga. De este modo la carne es puesta a muerte, o bien, crucificada con Cristo. Se torna afinada y purificada, ligera y ágil, sigue fácilmente los movimientos del intelecto, sin hacer oposición, y es elevada a un lugar más alto, como si el intelecto estuviera libre de ella; y todo afán fuera declarado vano.

Esta augusta tríada, no bien encuentra su armonía con el alma, genera en ella el coro de las benditas virtudes. Porque es imposible que en el que está adornado de este ternario permanezcan rastros de malicia o falte alguna de las virtudes. Quizás cueste a la razón el arrojar las riquezas y escupir sobre la fama, pues en la medida que el alma está atada a ellas, experimenta muchas pasiones. Pero yo afirmo con fuerza, que es imposible que el alma clavada a la riqueza y a la fama se eleve a lo alto. Y digo que no es posible que el alma se adhiera a éstas, mientras se ejercita lo más posible en las tres cosas antes mencionadas, hasta lograr adquirir el hábito. Pues, aunque no conozca nada de lo que es verdaderamente

bueno, o de lo que está más allá de todo, si está convencida de que es mejor lo que se encuentra más cerca del primer bien —y así hasta el final—¿cómo podrá amar y aceptar oro y plata o cualesquiera de las otras cosas que la atraen hacia abajo? Y esto vale también para la fama.

465

Pero no contradice a la razón ni siquiera [arrojar] lo que es nuestra posesión más firme, es decir nuestros deseos. ¿Qué cosa deseará aquel que no se ocupa de las cosas de aquí y no es atrapado por la pasión hacia ellas? Porque la nube de los deseos es constituida —como una especie de incienso— por las pasiones más generales, es decir por el amor al placer, por el amor al dinero y a la fama, es decir, el que está libre de estas cosas, es extraño a los deseos. Pero también la prudencia, que ciertamente no es otra cosa que sabiduría, y que es la mejor de las realidades que nos llevan hacia lo alto, está exenta de estas cosas. Pues a la ciencia de las virtudes pertenece el extactísimo discernimiento del bien y del mal, pero para todo esto es también necesaria la prudencia. Cómo usarla y cómo combatirlas nos lo enseñará la experiencia y la lucha contra el cuerpo.

En cuanto al discurso relativo al temor, el mismo no es inferior a la razón. En efecto, cuanto más grande es el *eros*, tanto más crece el temor, ya que, cuanto más grande es la desesperanza de acceder a un bien, tanto más ella muerde a los que ha herido, aún más fuertemente que las amenazas de miles de castigos. Cuanto más cosa bendita es el alcanzar este bien, tanto más grande es el temor de perder lo que es el objeto de tanto premio.

Pero para hacer el discurso con método e iniciar otro, debemos comenzar por el fin. Todo lo que sucede parece en efecto arrancar del propio fin, de la estructura de las partes y de su ordenamiento. El fin de nuestra vida es la bienaventuranza, lo que equivale a decir el Reino de los Cielos o de Dios. Esto no significa solamente ver la realísima Trinidad, sino recibir también el divino efluvio, es decir, padecer la deificación, y colmar y perfeccionar lo que en nosotros es faltante o no cumplido con este efluvio. Tal es el alimento de las Inteligencias: el colmar la necesidad, mediante aquel divino efluvio. Es como un eterno círculo que tiene principio en sí mismo y en sí mismo termina. Tanto se entiende, esto se desea; tanto se desea, ésto se disfruta; y lo que se disfruta, aumenta el vigor para comprender y de nuevo comienza el movimiento inmóvil, es decir la inmóvil inmovilidad. Tal, en la medida que nos es posible, es el fin. Deberemos ahora ver cómo se accede a este fin.

⁷ Padecer la deificación: es decir recibirla, ser objeto de, acogerla como un don siempre gratuito y que ningún esfuerzo humano puede obtener para sí.

⁸ Inteligencias: los espíritus puros, el mundo angélico.

Para las almas racionales, que son esencias inteligentes y un poco inferiores a los intelectos angélicos, la vida aquí abajo es lucha, y guerra declarada es la vida en la carne. Es premio el estado del que se habló: un don de la divina bondad y digno de la justicia. Pues, por un lado parece que se alcanzan tales bienes con el propio sudor, pero por otro, la infinita potencia donante va más allá de toda fatiga. Por otro lado, la misma posibilidad del bien y el cumplirlo, es un don suyo. ¿Cuál es pues, la lucha aquí abajo? El alma racional está unida a un cuerpo animal que tiene sustancia terrenal y que se vuelve pesado hacia las cosas de aquí. La composición es tal que hace que estas dos realidades, en recíproca contradicción —es decir el alma y el cuerpo—, siendo dos, se hagan una sola cosa, sin que surja un cambio o una mezcla de las partes —que no lo será nunca— sino que de dos cosas que tienen cada una sus propias características, resulta una sola sustancia en dos perfectas naturalezas. Y así este animal compuesto de doble naturaleza, es el hombre; y cada naturaleza obra por su parte en lo que le es propio. Y es connatural al cuerpo desear lo de sus símiles: en efecto, este eros natural en los entes, está dirigido a las realidades símiles a ellos y goza por medio de los sentidos de estas realidades, en cuanto el ser es ayudado por el comercio con las realidades símiles, siendo grato el alivio, para lo que es pesado. Para esta naturaleza animal entonces, todo esto es cosa connatural y amable.

Para el alma racional, siendo una esencia inteligible, son naturales y objeto de deseo estos inteligibles, y el gozar de éstos, a su propio modo. Antes que nada y por sobre todo, en ella está radicado naturalmente el *eros* hacia Dios. Y quiere gozar de él y de los otros bienes inteligibles, pero no puede hacerlo sin impedimento.

El primer hombre podía, sin impedimentos, comprender y gozar con el intelecto, del mismo modo que los sentidos gozan de las cosas sensibles. Pero debió haberse ocupado de lo que era lo mejor, y no de lo peor. De ambas cosas él tenía la posibilidad, ya sea de unirse mediante el intelecto a los inteligibles, ya sea mediante los sentidos a los sensibles. No quiero decir que Adán no tuviera que usar de los sentidos: no por nada le fue dado un cuerpo. Pero no debió haber gozado de las cosas sensibles, sino que debió, aferrándose a la belleza de las criaturas, lanzarse hacia quien era la Causa de ella. Y de Él gozar maravillándose, teniendo un doble motivo para admirar al Creador. Y no debió fijarse en las cosas sensibles y admirarlas en lugar del Creador, abandonando la belleza inteligible. Pero Adán lo quiso así. Usando malamente los sentidos, admiró la belleza sensible, y considerando que para él era

bello de verse y bueno el fruto de ser comido,º lo probó y dejó el goce de los inteligibles. Por lo que el justo Juez, a quien él hubo despreciado en la contemplación —de Dios y de los entes, digo, juzgándose indigno— lo alejó, poniendo a las tinieblas como escondrijo suyo¹º y de las esencias inmateriales. Las cosas santas no debían volverse abominables. Dios concedió el goce de lo que había sido amado, al permitir que el hombre viviera con los sentidos y con leves rastros de intelecto.

Por esto, la lucha por estas realidades se torna para nosotros más pesada, porque no tenemos facultades para gozar de los inteligibles, como sin embargo, sucede con los sentidos de las cosas sensibles, según lo que se ha dicho. Y esto aunque el bautismo nos haya ayudado al máximo, porque fuimos purificados y elevados. Por lo tanto, es de éstos (inteligibles) que, en la medida que sea posible, deberemos ocuparnos, y no de las cosas sensibles; a éstos debermos admirar y querer. Nada debemos admirar en sí mismo de las cosas sensibles, ni querer gozar de ellas. En realidad, no parecen tener ningún punto de contacto con los inteligibles. La esencia de éstos es más admirable que la otra, así como su belleza lo es mayor. Desear lo que es más vil, en lugar de lo que es más bello, y lo que tiene menos honor, en lugar de lo que es más honrado, ¿no es quizás cosa inaudita? Y este discurso vale para las dos realidades creadas, sensibles e inteligibles. ¿Y qué decir de Aquel que está por encima de estas cosas, cuando también preferimos la materia amorfa y privada de belleza a Él?

Ésta es, pues, la lucha, el tener que cuidar rigurosamente de nosotros mismos, para gozar siempre de los inteligibles, tendiendo a ellos con el intelecto y el apetito, sin dejar que lo sensible nos prive de ello, induciéndonos a admirarlo por sí mismo. E incluso si es necesario usar de los sentidos, éstos deberán ser usados para comprender al Creador a partir de las criaturas, mirándolo en ellas como se mira al sol en el agua. Pues en los entes hay imágenes de la primera causa de todo, en la medida que pueden contenerlo.

La realización (a la que hay que tender) consiste, pues, en esto. Pero para que esto sea realizable, deberemos reflexionar: se ha dicho que el cuerpo desea gozar de las cosas propias de él mediante los sentidos. Esto es contrario al propósito del alma, y cuanto más fuerte es el cuerpo, tanto más desea. Por ello el alma deberá ocuparse de poner un freno a todos los sentidos, a fin de no gozar de las cosas sensibles, como se ha dicho. Puesto que cuanto más fuerte es el cuerpo, tanto más si-

⁹ Cf. Gn 3, 7.

¹⁰ Cf. 2 R 22, 12.

gue su impetu, y cuanto más lo sigue, más se torna irrefrenable; que entonces sea deseo del alma el mortificarlo con ayuno, con la vigilia, con el permanecer de pie, con el dormir sobre el suelo duro, con la abstinencia de los baños y con todo otro padecimiento. De modo que, disminuida su potencia, se torne bien dispuesto y dócil a sus acciones inteligibles. Esto es lo que ha de hacerse.

Sin embargo, puesto que es fácil auspiciar estas cosas, pero desagradable el hacerlas, y son muchísimos los errores que se cometen en estas realizaciones —aunque se preste gran atención— consideremos un tercer remedio: la oración y las lágrimas. La oración es una rendición de gracias por los bienes que nos han sido dados, es un pedido de perdón por las caídas y fuerza eficaz para el futuro. En efecto, sin el impulso decisivo por parte de Dios, como se dijo antes, el alma no puede realizar nada, y menos que nunca puede realizar la unión con el objeto deseado, el goce del mismo, así como el entero movimiento de la potencia volitiva hacia aquél, siendo el aspecto más excelente de esta realización el persuadir a la voluntad de que quiera esta cosas lo más ardientemente posible.

También las lágrimas tienen poder. El Soberano tiene, en efecto, misericordia de nuestras caídas y limpia las manchas producidas en nosotros por el placer sensible, elevando hacia lo alto el apetito: así están estas cosas. La salida feliz de todo esto es la contemplación de los inteligibles y el perfecto deseo. A esto se ordena el sojuzgamiento de la carne, del cual son parte el ayuno, la modestia y el resto, todas cosas que se cumplen mirando hacia adelante. Por todo esto, después de estas obras, es necesaria la oración. Cada una de ellas se subdivide en más partes y así como éstas son para aquellas, las otras son para éstas.

Que nadie crea que el amor al dinero y a la gloria convengan al cuerpo; pues el amor por el placer, concerniente al cuerpo solamente, [produce] el mal del cuerpo y, ¿quién acaso ha encontrado un remedio tal? Estas dos cosas son producto de la ignorancia, pues la inexperiencia y el desconocimiento de los inteligibles produce frutos bastardos. Mientras se cree confortar la indigencia con la riqueza, ved cómo la riqueza es buscada también por amor al placer y a la fama, y así por todo otro bien. Hemos dicho que esto se produce por ignorar los bienes verdaderos. Pero el amor a la fama no conforta a la indigencia del cuerpo, deriva de la inexperiencia y la ignorancia del primer Bien y de la verdadera gloria, y es además su causa. En suma, la ignorancia es la raíz de todos los males. Pues [la ignorancia] no permite al hombre comprender cómo debería ser la naturaleza de las cosas, de dónde procede cada co-

sa y hacia dónde va. Y tampoco puede comprender —convertido en un ser irracional— su propio fin, tanto es arrastrado hacia las cosas terrenales. Pues el alma no tiene apetito por el bien fenoménico. Si es tiranizada por el hábito, aún más puede dominar el hábito mismo. Sólo que cuando el hábito aún no existía, fue desviada por la ignorancia, de modo que le es necesario ser muy celante y pensar rectamente respecto de los entes, y luego, en consecuencia, hacer volar el deseo hacia el primer Bien, renegando de todas las cosas presentes, despreciando su gran vanidad. ¿Qué cosa puede ser comparada con nuestro propio fin?

Para ser breves, una sola es la obra del alma razonable dentro del cuerpo: desear su propio fin. Puesto que la operación de la voluntad sin el intelecto permanece inmóvil, es por esto que recibimos la facultad de obrar inteligiblemente, ya que por medio del querer, existe el comprender y viceversa. Así parece, verdaderamente. Pues la bienaventuranza, de la cual la vida del hombre celante aquí abajo es donadora generosa —pero también tipo—, tiene ambas operaciones, la comprensión y el desear, es decir el amor y el placer. En cuanto a establecer si entre las dos operaciones, una es superior a la otra, que reflexionen sabiamente aquellos que lo deseen. Por ahora pongámoslas así a ambas. A una la llamaremos contemplación y a la otra, práctica. En cuanto a estas elevadas operaciones, es imposible encontrar a una sin la otra; respecto a las inferiores, son posibles aun después de aquellas.

Llamamos males a todas las cosas que impiden estas operaciones, o que son contrarias a ellas; llamamos virtud a todo lo que ayuda y remueve los obstáculos.

Llamamos operaciones que proceden de las virtudes, a las felices realizaciones; las caídas y los pecados, son las operaciones contrarias. De cada operación, lo que la especifica, para peor o para mejor, es su objetivo más elevado, que sabemos que es una operación, y está compuesto por inteligencia y voluntad.

Y el Cristo, al cual son la gloria y la adoración y la acción de gracias por los siglos de los siglos, nos dé la prontitud en nuestra vida.

Amén.